

COMPARTIR LA MESA, CONSTRUIR CUIDADOS

UNA EXPERIENCIA COMUNITARIA DE ACOMPAÑAMIENTO A ADOLESCENTES CON CONSUMOS PROBLEMÁTICOS EN EL PROGRAMA ENVIÓN¹

Agustina Cartier Moulin*

Manuel Pereyra°

Envión, Programa de Responsabilidad Social Compartida, sede Barrio Padre Varela

Municipio de Luján, Provincia de Buenos Aires. Argentina

Resumen

Este texto presenta una experiencia de intervención comunitaria desarrollada entre 2023 y 2025 en el Programa Envión, sede Padre Varela (Luján, Prov. de Buenos Aires). Se describe la creación de un dispositivo grupal centrado en almuerzos semanales como espacio de escucha, cuidado y construcción de lazos. Desde una perspectiva de promoción de derechos y reducción de riesgos y daños, la propuesta buscó favorecer la circulación de la palabra, fortalecer recursos subjetivos y promover el acceso a derechos fundamentales como la salud, la identidad y la educación, mediante articulaciones con instituciones del territorio. La experiencia da cuenta de la importancia de dispositivos comunitarios

¹ El Programa de Responsabilidad Social Compartida Envión, en el Municipio de Luján, forma parte de la red de políticas públicas de la Subsecretaría de Políticas Sociales de la Provincia de Buenos Aires, destinada a fortalecer el rol socioeconómico, político y cultural de adolescentes y jóvenes de la Provincia de Buenos Aires en situación de vulnerabilidad social, potenciando su participación en la comunidad y promoviendo su inclusión en el ámbito laboral y educativo de jóvenes de 12 a 21 años. En la sede del Barrio Padre Varela los Miembros del Equipo técnico son: Agustina Cartier Moulin; Manuel Pereyra; Nicolás Pérez; Daniela Larruina. (Nota del Editor).

* Licenciada en Trabajo Social (UNLu). cartiermoulin@gmail.com

° Licenciado en Psicología (UBA). psi.manuelpereyra@gmail.com

flexibles que, a través de prácticas cotidianas de cuidado, habiliten procesos de acompañamiento sostenido, fortalezcan las redes de apoyo y amplíen las posibilidades de construcción de proyectos de vida.

Palabras claves: adolescencia; consumos problemáticos; interdisciplina; dispositivo comunitario; escucha; redes.

SHARING THE TABLE, BUILDING CARE. A COMMUNITY-BASED SUPPORT EXPERIENCE FOR ADOLESCENTS WITH SUBSTANCE USE PROBLEMS IN THE “ENVION” PROGRAM

Abstract

This article presents a community-based intervention carried out between 2023 and 2025 within the “Envión” Program at the Padre Varela site (Luján, Buenos Aires Province, Argentina). It describes the development of a group-based intervention centered on weekly shared lunches as a space for listening, care, and the building of social bonds. From a rights-promotion and harm reduction perspective, the initiative sought to foster dialogue, strengthen subjective resources, and promote access to fundamental rights such as health, identity, and education through collaboration with local institutions. The experience highlights the importance of flexible community devices that, through everyday practices of care, enable sustained support processes, strengthen support networks, and expand opportunities for adolescents to build meaningful life projects.

Keywords: adolescence; substance and behavioral use disorders; interdisciplinary work; community device; listening; support networks.

PARTAGER LA TABLE, CONSTRUIRE DES SOINS. UNE EXPÉRIENCE DE SOUTIEN COMMUNAUTAIRE D'ADOLESCENTS AUX USAGES PROBLÉMATIQUES DANS LE CADRE DU PROGRAMME “ENVIÓN”

Résumé

Ce texte présente une expérience d'intervention communautaire menée entre 2023 et 2025 au sein du programme *Envión*, sur le site Padre Varela (Luján, province de Buenos Aires). Il décrit la création d'un dispositif de groupe centré sur des déjeuners hebdomadaires, conçu comme un espace d'écoute, de soin et de construction de liens. Dans une perspective de promotion des droits et de réduction des risques et des dommages, la proposition a cherché à favoriser la circulation de la parole, à renforcer les ressources subjectives et à promouvoir l'accès aux droits fondamentaux tels que la santé, l'identité et l'éducation, à travers des articulations avec les institutions du territoire. Cette expérience rend compte de l'importance de dispositifs communautaires flexibles qui, par des pratiques de soin quotidiennes, permettent des processus d'accompagnement soutenus, renforcent les réseaux de soutien et élargissent les possibilités de construction de projets de vie.

Mots-clés: adolescence; usages problématiques; interdisciplinarité; dispositif communautaire; écoute; réseaux.

COMPARTILHANDO A MESA, CONSTRUINDO CUIDADOS. UMA EXPERIÊNCIA DE APOIO COMUNITÁRIO A ADOLESCENTES COM CONSUMOS PROBLEMÁTICOS NO PROGRAMA “ENVIÓN”

Resumo

Este texto apresenta uma experiência de intervenção comunitária desenvolvida entre 2023 e 2025 no Programa *Envión*, sede Padre Varela (Luján, Província de Buenos Aires). Descreve-se a criação de um dispositivo grupal centrado em almoços semanais como espaço de escuta, cuidado e construção de laços. A partir de uma perspectiva de promoção de direitos e redução de riscos e danos, a proposta buscou favorecer a circulação da palavra, fortalecer recursos subjetivos e promover o acesso a direitos fundamentais como a saúde, a identidade e a educação, mediante articulações com instituições do território. A experiência dá conta da importância de dispositivos comunitários flexíveis que, através de práticas cotidianas de cuidado, viabilizem processos de acompanhamento sustentado, fortaleçam as redes de apoio e ampliem as possibilidades de construção de projetos de vida.

Palavras-chave: adolescência; consumos problemáticos; interdisciplinaridade; dispositivo comunitário; escuta; redes.

Introducción

La experiencia que detallaremos a continuación tiene que ver con una estrategia que desarrollamos para abordar una problemática en una de las sedes del Programa de Responsabilidad Social Compartida ENVIÓN, en la ciudad de Luján, Provincia de Buenos Aires. Este Programa cuenta con sedes con convenio municipal en cinco barrios de esa ciudad y una sede que corresponde a una organización social y política. El mismo está destinado al acompañamiento de las trayectorias de adolescentes y jóvenes (entre 12 y 21 años) que se encuentran en situación de vulnerabilidad social y la permanencia en el mismo permite acceder a una beca estímulo mensual, que si bien no es un monto significativo, en adolescentes con vulnerabilidad económica, debería representar sus primeras experiencias con dinero propio, lo que significa un primer acercamiento a una posible independencia económica; sin embargo en muchos casos, el dinero de la beca es aportado a la economía del hogar. Si bien es un Programa destinado a la promoción de derechos, los emergentes que surgen en el cotidiano hacen que la función de los equipos técnicos se vaya reinventando en la

medida de lo posible para acompañar la complejidad de las situaciones que atraviesan los participantes del Programa, sorteando dificultades propias de tener que abordar situaciones para las cuales el Programa carece de recursos. Esta experiencia es un ejemplo de esta adecuación que debimos hacer los equipos para poder atender situaciones que deberíamos identificar y derivar a otros efectores, pero ante el desborde de todo el sistema de salud que existe en nuestra ciudad y los alrededores nos vemos en la necesidad de intervenir con las herramientas que tenemos, o que creamos. La creación de la sede en la cual trabajamos ocurrió a fines del año 2021, en un contexto donde el aislamiento obligatorio producto de la pandemia de COVID-19 se estaba terminando, pero las consecuencias eran evidentes en materia de deserción escolar, crisis económica y complejidades en las formas de vincularse entre pares. Además, la creación de la sede específicamente en el barrio Padre Varela respondía a la necesidad del Estado de comenzar a dar respuestas a un territorio que históricamente estuvo carente de instituciones, ya que en el mismo solo existía un Centro de Atención Primaria de la Salud (C.A.P.S) y un comedor popular.

En este contexto, el desembarco de un Programa para trabajar con las adolescencias se llevó a cabo en un barrio donde muchos de los adultos referentes de los jóvenes con los que trabajamos se socializaron en un escenario de desempleo, inestabilidad laboral, instituciones desbordadas y expectativas limitadas de ascenso social y progreso económico. En este sentido, gran parte de las familias poseen ingresos provenientes de trabajos informales - “changas” - y/o programas sociales. Desde esta situación, no es menor comentar, que es de común conocimiento en el barrio que muchas de las personas que viven en dicho territorio encuentran en el narcomenudeo un medio de subsistencia, y esto a su vez se identifica como intergeneracional.

Con respecto al consumo de sustancias en estos años de experiencia en el territorio, observamos que en muchos casos comienza a una edad muy temprana, teniendo conocimiento de casos en los que el consumo comenzó a los ocho años. Con respecto

a las sustancias que identificamos que se consumen en la población con la que trabajamos son diversas, pero prevalece la comercialización y el consumo de marihuana y cocaína, entre otras variantes. Asimismo, identificamos que el consumo de alcohol empieza desde muy chicos y está completamente naturalizado, resultando en una sustancia que se consume “en familia”. Este contexto representa un escenario de fondo, intentando dar cuenta del entramado de condiciones sociales, económicas y subjetivas desde el cual fue necesario construir un dispositivo que intente alojar el malestar, fortalecer los vínculos comunitarios y generar nuevas posibilidades de cuidado para adolescentes cuyas trayectorias estaban atravesadas por múltiples vulnerabilidades.

Los almuerzos de los viernes

En nuestro trabajo cotidiano de acompañamiento a los jóvenes, orientamos nuestras intervenciones hacia la construcción de vínculos de confianza con los mismos y constituir el espacio del Envión como uno de referencia para que tanto los jóvenes como sus familias puedan acudir en caso de que lo requieran, teniendo como objetivo la promoción de los derechos y la promoción y prevención primaria de la salud.

La escucha activa y empática nos ha permitido acceder a información significativa sobre sus vivencias, posibilitando el desarrollo de estrategias de acompañamiento respetuosas de sus tiempos y singularidades, con el horizonte puesto en la promoción y garantía de sus derechos. Intentamos construir con los participantes, subjetividades que les permita fortalecer sus recursos simbólicos para lograr empoderarse frente a situaciones adversas que les acontecen en su cotidianidad.

Trabajar con adolescentes supone, además, reconocer que no existe una única manera de transitar la juventud. No trabajamos con una juventud idealizada ni con aquello que se espera que sean, sino con jóvenes reales, atravesados por historias,

deseos, frustraciones y posibilidades profundamente heterogéneas. Se busca reconocerlos como protagonistas activos de sus propias vidas y a nosotros como espacio adulto de identificación en la medida de lo posible, para poder fortalecer sus capacidades individuales y colectivas en la toma de decisiones. Esto último se convirtió en un desafío: nos encontramos con adolescentes que quizás a lo largo de su vida tuvieron escasas posibilidades de decidir y/o elegir algo, trabajamos con jóvenes que no tienen normalizado el ejercicio del deseo. Ante preguntas simples como qué te gusta o qué querés hacer, se presenta un vacío simbólico, lo que complejiza el trabajo del equipo al tener que construir un espacio en conjunto, donde los adolescentes lo sientan propio, lo cual se vuelve un ejercicio constante de preguntar y de generar espacios donde su deseo pueda ser ejercitado, pero también donde puedan ser validados como sujetos potentes de capacidad de querer algo distinto de la norma barrial.

En este marco, se fue generando un espacio alternativo al de las actividades grupales, que con el tiempo se transformó en los almuerzos de los viernes. Los encuentros funcionaban en primera instancia desde un espacio de escucha individual abierto para que concurriera quien lo deseara, en un consultorio del C.A.P.S del barrio, cuando ni siquiera nuestra sede funcionaba en el barrio propiamente dicho. Meses antes, la familia de un adolescente del barrio se empezó a referenciar con el espacio para ver de qué manera se podía acompañar al joven en su problemática de consumo, pero nunca se había logrado dar con él. Una tarde, luego de que el adolescente leyera un mensaje que recibió su madre por parte de una integrante de nuestro equipo, él mismo realiza una llamada de manera prepotente, asociando al equipo de Envión con otra institución (Servicio Local de Promoción y Protección de Derechos de los Niños, Niñas y Adolescentes). Para ese entonces, éramos una institución desconocida, probablemente una más de las que intentaba “controlarlo”, de las que hablaban por él... Ante esto, se le devolvió con un tono amigable la aclaración de con quién estaba hablando y se lo invitó a acercarse a charlar. Inmediatamente su tono cambió, y a los

pocos minutos se acercó al encuentro con el equipo. Luego de este primer acercamiento, en el que lo conocimos, se comunicó para consultar si estábamos en el C.A.P.S, para acercarse a hablar un rato con nosotros. El pasaje resultó significativo: de un primer contacto atravesado por la desconfianza y la confrontación, a la búsqueda espontánea de un espacio donde, según sus propias palabras, "se sintió aliviado" y quería empezar a concurrir más seguido.

Además de este adolescente, varios de los participantes que asistían regularmente a las actividades grupales solicitaban un espacio de escucha individual, ya que buscaban hablar sobre las situaciones de consumo y/o malestar que estaban atravesando. Dicho espacio se fue ampliando gradualmente (por convocatoria interna entre ellos) a una grupalidad en la que planteaban “querer venir juntos a hablar de lo que nos pasa”. Es así que el grupo de adolescentes que tenían escasos espacios donde ser escuchados, de manera espontánea, comenzaron a producir una experiencia colectiva de cuidado. En estos actos encontramos una función de sostén y acompañamiento entre pares, armado entre ellos de una manera muy improvisada y con escasos recursos para acompañarse entre sí, pero con un compromiso con el otro que no podía garantizar ninguna institución y en un territorio marcado históricamente por su escasez de redes institucionales. En esta demanda a un lugar donde se escuchen sus malestares, encontramos una posibilidad para crear un dispositivo de sostén que no podíamos dejar pasar.

Los tiempos de las adolescencias están muy lejos de ser los tiempos de las instituciones, y mucho menos de las estatales. Si para la física el tiempo es relativo, en el trabajo con adolescentes este principio se aplica perfectamente a la diversidad de percepción de los tiempos subjetivos que marcan nuestras intervenciones en los jóvenes con los que trabajamos y se contraponen con los tiempos y las capacidades estatales. Es por esto, que nuestra decisión ética fue repensar una nueva forma de estructurar el espacio de escucha, en el menor tiempo posible. Luego de reorganizar

nuestros horarios, se logró articular con el comedor municipal, que funciona actualmente en el barrio, para que una vez a la semana nos garantice el almuerzo para compartir con este grupo de jóvenes y en ese marco, la mesa se convirtió en nuestro dispositivo para construir comunidad, para construir un lugar de pertenencia, que les permita fortalecer los lazos comunitarios.

Como todo dispositivo grupal, su sostenimiento requirió la construcción de un encuadre que garantizó que este dispositivo en construcción pueda perdurar y sostenerse con regularidad. Adherir y sostener las mismas fue un proceso complejo, pero se puede identificar que, los límites puestos desde el respeto por el otro lograron una adherencia de los jóvenes al espacio que en otras instituciones no habían conseguido. El encuadre empezaba con la puntualidad para la asistencia, pero se establecía a cuestiones más “simples” como la importancia de lavarse las manos antes de comer y “respetar la mesa”, que incluía no fumar, no levantar la voz, levantarse una vez que hayamos terminado todos de almorzar, intentar no usar el celular, respetar cuando otro hablaba, intentar no juzgar, entre otras. Esta escucha centrada en los diferentes aspectos de su vida, sin juzgar ni moralizar sus comportamientos ni sentimientos nos fue fundamental para lograr habilitar la palabra y comenzar a realizar preguntas que tenían que ver con la identificación del lugar que ocupaba el consumo en sus vidas, dándonos como resultado que, en su mayoría, el discurso giraba en aliviar situaciones de malestar.

En uno de los encuentros, mientras el grupo reflexionaba y se preguntaba acerca de la soledad, la ausencia de apoyos familiares y las formas de atravesar el malestar cotidiano, uno de los jóvenes expresó: "yo siento que la droga me abraza". Ante la ausencia vincular de quien abraza, en un contexto donde los lazos emocionales están debilitados o ausentes, la droga aparecía nombrada casi como una figura de sostén, personal y vincular. Pero, la percepción subjetiva de la sustancia también hacía referencia a lo que el barrio le ofrecía con total facilidad, siendo las sustancias

partíipes necesario de la conformación de la identidad propia y del barrio. En este sentido nos encontramos también con algunos de ellos contándonos situaciones de conflicto con la ley, u otro tipo de transgresiones, accediendo a mucha información de su cotidianeidad que quizás no habían logrado compartir aún con otras personas.

En dicho acompañamiento también se realizaron articulaciones con efectores de salud para el seguimiento de chequeos médicos y derivaciones que permitieran comenzar espacios de terapia psicológica a quienes lo requerían.

Parte del trabajo discursivo desarrollado durante los almuerzos estuvo orientado a problematizar las representaciones negativas asociadas a los profesionales de la salud mental y a favorecer un acercamiento a la psicología como una herramienta posible frente a las situaciones de malestar. Esto se pudo empezar a trabajar cuando ellos comenzaron a registrar la importancia del autocuidado de su salud, que empezó desde el gesto de lavarse las manos para comer, cuidando su higiene personal continuando con la importancia de cuidar otros aspectos de su vida que, hasta el momento, habían quedado en un periodo de latencia. Siguiendo esta línea se gestionaron los turnos y el acompañamiento para obtener el D.N.I de algunos que hacía años que no lo poseían, y otros a los cuales se les había vencido y nunca lo habían actualizado.

En un principio, los almuerzos de los viernes, parecía ser un espacio de “catarsis” donde los adolescentes venían a hablar puntualmente de su consumo o de conflictos que habían tenido, sabiendo que había una escucha empática, desde un posicionamiento ético-subjetivo que no los juzgaba. Sin embargo, con el avance de los encuentros, tuvimos que correr el eje para dar paso a “algo más”, a un espacio que deje de –nada más ni nada menos- alojar esa catarsis, y que empiece a ser también un espacio de construcción. Este movimiento expresa uno de los principales desafíos del trabajo comunitario: producir instituciones habitables, capaces de alojar el malestar sin reducir a los sujetos a la problemática que motivó el encuentro.

Lo hasta aquí relatado, nos abrió la posibilidad a acompañar a estos adolescentes a través de diversas dimensiones de su cotidianeidad, desde una mirada integral. Habilitar a hablar de consumo en nuestro espacio, traía aparejado la frustración pendular de que vengan a plantearnos su “necesidad de salir de la droga” y a la semana siguiente escuchar situaciones en donde las sustancias eran nombradas desde un lugar de aparente disfrute. Como equipo habíamos tomado la determinación de alojar ambas situaciones, apoyándonos en la perspectiva de la reducción de riesgos y daños. Bajo este mismo enfoque, era necesario comenzar a correr el foco del consumo propiamente dicho, para generar interrogantes sobre qué otros aspectos de su vida podrían compartir entre ellos que no esté intermediado por el consumo. El objetivo era darle lugar a la recreación, comenzar a circular el deseo y diseñar estrategias integrales que generen una red de apoyo emocional y acompañamiento entre ellos, sin minimizar sus discursos y prácticas vinculadas al consumo.

Tratamos, por lo tanto, de armar estrategias que tengan como objetivo que las y los jóvenes se integraran en redes, ancladas en espacios institucionales, en el territorio, con la comunidad y las distintas áreas del Estado. Convocarlos a pensarse como sujetos de derecho, mediante prácticas orientadas a promover el ejercicio efectivo de derechos fundamentales como la salud, la identidad y la educación. Sin embargo, la experiencia nos llevó a reconocer que el ejercicio de la ciudadanía no se agota en la existencia formal de derechos ni en la disponibilidad de instituciones. Para que esos derechos puedan hacerse efectivos, es necesario que existan vínculos capaces de sostener los recorridos de los sujetos y generar las condiciones para acceder y apropiarse de ellos.

Como equipo, les facilitamos entonces, información sobre lugares de referencia de nuestra ciudad, específicos para acompañar situaciones de consumo problemático como lo son los Centros Barriales de Vientos de Libertad, Centro Comunitario de Salud Mental de la PBA, los Dispositivos Territoriales Comunitarios de SEDRONAR y

el Centro Comunitario de Hogar de Cristo (en el barrio de pertenencia), el cual se inauguró durante el tiempo que nuestra experiencia se llevaba a cabo y al cual estos participantes asisten actualmente. El trabajo no se limitaba a informar de la existencia de estos espacios ni en comunicarles a dónde se podían incorporar, sino que el trabajo estaba en acompañarlos personalmente a estos espacios, ser puentes entre los equipos que integraban los demás espacios y los adolescentes que participaban de nuestra sede.

Si bien no es el objetivo previsto del Programa Envión, tenemos la convicción como equipo, que es una problemática que debemos afrontar de la mejor manera posible, habilitando todos los recursos posibles y siendo creativos para generar nuevas herramientas. Creemos que nuestro trabajo, en parte, está en ser valientes para tocar las puertas que les fueron cerradas a los adolescentes de los barrios y, sobre todo, ser paciente para cuando las respuestas no son las esperadas ni las necesarias.

Como equipo creemos que la atención de las problemáticas de consumo de sustancias no debe quedar limitada a la decisión unilateral de un equipo de trabajo, sino que debe ser una construcción flexible y dinámica de lazos que garanticen la accesibilidad y continuidad de cuidados. Esta experiencia nos implicó reconocer y aceptar que muchos de los dispositivos no suelen llegar en forma de grandes políticas públicas, sino que pueden aparecer también en pequeñas estrategias armadas desde el compromiso con el sujeto que las va a vivenciar: un plato de comida compartido, una escucha que no juzga, sino que habilita, un límite puesto desde el respeto, un interés en ellos de manera sostenida, y la disponibilidad de los equipos para que los adolescentes puedan sentir a las instituciones como bases seguras a las cuales volver cuando lo necesiten.

Nuestro desafío como equipo fue generar un vínculo de confianza que ayude a que los espacios lúdicos, recreativos y artísticos que funcionaban en nuestra sede fueran apropiados por los participantes, pero que también sean lugares seguros y de

cuidado, donde los jóvenes puedan hablar de lo que sienten y necesitan teniendo como objetivo la promoción de los derechos y de la salud de los más de cien adolescentes que recibimos todas las semanas. Y en eso estamos.

Recibido: 19/08/2026

Aceptado: 19/10/2026